

Algunas reflexiones políticas

Enrique González Pedrero¹

La historia política desde el siglo XIX señala a México como el “país de un solo hombre”, ya se trate de Santa Anna, Juárez o Díaz. Sin embargo, las últimas décadas han visto desarrollarse una transformación en los lenguajes y modos de operación de la política nacional, que no han sido capaces de resolver los graves problemas de pobreza, desigualdad, corrupción e impunidad.

La política elemental, por así decir, es un oficio como cualquier otro (y no lo es). Algunos la identifican como el *arte del gobierno*, pero eso tiene que ver con metas más elevadas: eso es ya ocupación del hombre de Estado, del conductor de la máquina estatal. Naturalmente, para llegar a esta etapa hay que conocer, cuando no dominar, el oficio “puro y duro” —como dicen los franceses— que más que arte es, en esta fase, una artesanía (y, a veces, un artificio) en el que, además de una inteligencia pragmática, hay que tener un poco (por no de-

cir un mucho) de malicia. Porque, como opinaba Norberto Bobbio sobre Goya, después de ver su pintura negra, que *El Sordo* era un hombre sabio porque *sapeva che l'uomo è cattivo*.²

Ahora bien, *malicia*, según el diccionario de la RAE en alguna de sus acepciones, significa: “cierta solapa y bellaquería con que se hace o dice una cosa, ocultando la intención con que se procede”; y, ya más matizadamente, es una “propensión a pensar mal” pero, también, “penetración, sutileza, sagacidad”. Del verbo *maliciar* añade que es recelar, sospechar, presumir. Por tanto, si el político es suspicaz —¿y qué político verdadero no lo es?—, se trata de un ser desconfiado, es decir, lo opuesto a ingenuo, que es sinónimo de sinceridad, de candidez, y se emparenta con bondad.

El político actúa en relación con los demás, acogién-dose al beneficio de la duda: primero sondea, mide, trata

¹ Quiero agradecer a la Comisión Operativa Nacional del Movimiento Ciudadano el haberme otorgado el Premio Nacional Benito Juárez al Mérito Ciudadano. En verdad, me siento muy honrado por este reconocimiento que lleva el nombre de uno de los mexicanos más ilustres, que fue miembro y dirigente de la generación de la Reforma que es, sin ningún género de duda, la comunidad más lograda en nuestra historia, que produjo “la transformación más profunda que hemos tenido en México y que jamás se vio a sí misma como una mutación radical sino como una modesta reforma”, y como el Benemérito, como su generación en su gran mayoría que se dedicó a la acción política, expresaré en esta ocasión algunas ideas sobre ella.

² Jesús Silva-Herzog Márquez, *La idiotez de lo perfecto. Miradas a la política*, FCE, México, 2006, p. 73.

de conocer las intenciones del “otro” y luego actúa. En consecuencia, este personaje está más cerca de Maquiavelo y de Hobbes, que de Rousseau. ¿Tiene que ver la malicia con el pecado original? Entre pecadores puede esperarse lo peor de sí mismos y de los demás.

Como dice Hannah Arendt en su *Diario filosófico*: “Se trata de una solidaridad fundada en la fundamental desconfianza por principio de la sustancia humana”.³ Por ello, tal vez, Ortega y Gasset la llama “equivoco oficio” en *Vieja y nueva política*. Pero habría que empezar por preguntarse si hay una nueva y una vieja política o si, más bien, se trata de una política reciente y una pasada y donde la historia tiene mucho que decir. Naturalmente, el tiempo juega aquí un papel importante y con el tiempo los participantes. Pero atengámonos a don José Ortega y Gasset y asomémonos a la política nueva.

Hace unos años Lorenzo Meyer resumió la agenda política mexicana “como una sociedad subdesarrollada, con una demografía densa, con grandes desigualdades sociales, con una ecología seriamente degradada, con altos índices de pobreza y marginalidad, con una institucionalidad carcomida por la corrupción y una alta y creciente dependencia económica y política del poderoso vecino del Norte”.⁴

Evidentemente, el rostro de México que el investigador trazaba a grandes rasgos hace diez años sigue sien-

do válido en esta etapa (neoliberal) que vive el orbe, a partir de la desaparición de la bipolaridad y de la Guerra Fría; del famoso “fin de la Historia” de Francis Fukuyama, etapa en la que con la democracia y el capitalismo, “todos los problemas realmente cruciales habrían sido resueltos”.⁵ Pero, a pesar del optimismo de Fukuyama, hagamos un rápido repaso histórico de México para ver qué es lo que ha ocurrido y revisemos algunos de los porqués que nos ayuden a comprender lo sucedido.

En una conferencia que expuse en un ciclo organizado por el Fondo de Cultura Económica en 1999, sobre la globalización y las soberanías nacionales, titulada “El Estado mexicano: globalización y modernidad” señalé:

Para finales de los años ochenta la globalización se volvió, en México, un proyecto de gobierno. El grupo en el poder decidió cambiar por completo el rumbo económico del país. Para ingresar a los grandes canales del mundo global se cambiaron estrategias económicas que eran, ciertamente, nacionalistas y proteccionistas. México no podía seguir desarrollándose si no se formalizaba la ya muy estrecha intercomunicación con la economía de los Estados Unidos. Para conducir al país en esa dirección, el gobierno necesitaba el más amplio poder para tomar decisiones drásticas. Esas decisiones no fueron impugnadas por la mayoría de los mexicanos porque su irrupción fue sorpresiva y

³ Hannah Arendt, *Diario filosófico*, Herder, Barcelona, 2006.

⁴ Lorenzo Meyer, *El Estado en busca del ciudadano. Un ensayo sobre el proceso político mexicano contemporáneo*, Océano, México, 2005, p. 43.

⁵ Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, México, 1992, p. 13.



Estampa del México Independiente

porque el sistema de partidos era aún demasiado reciente, y porque la oposición de derecha coincidió con el gobierno (a través de las “concertaciones”) en la visión neoliberal. La oposición de izquierda no estuvo entonces en condiciones de debatir y presentar un proyecto alternativo, acosada como estuvo siempre por el aparato hegemónico. Esto permitió al gobierno una concentración del poder y la negociación unilateral del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, a espaldas de una ciudadanía desinformada y sorprendida por la veloz ofensiva.⁶

Regresando a nuestro entorno, hay que recordar que México ha sido en buena medida “país de un solo hombre”. Antes de la creación del Estado, el hombre fue Santa Anna; una vez creado el Estado laico, fue el país de Juárez; otro más, el “país de un solo hombre”, con un Estado incompletamente pacificado y comunicado y, por tanto, no del todo nacional, el país de Porfirio Díaz; y, el siguiente, el país de varios hombres que fue creando la Revolución mexicana: Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, con quien culmina la creación del Estado nacional. Aunque cada uno de ellos fuera en su momento *el hombre* que rigió los destinos de México, aunque por lapsos cada vez más breves.

Lo que ocurrió en México después de la Segunda Guerra Mundial y de la institucionalización de la Revolución es cualitativamente distinto, aunque el centro de la política mexicana siguiera siendo el presidente de la República, a pesar de la división de poderes establecida en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Naturalmente, cada régimen tiene sus peculiaridades y va recibiendo la influencia del tramo temporal que le ha tocado vivir. Pero la importancia del Poder Ejecutivo ha sido una característica fundamental de la política mexicana (mientras el Estado prevaleció sobre el mercado). Cuando por efecto de la globalización, que siguió al fin de la Guerra Fría, al fin de las ideologías y al fin de la historia; cuando la “mano invisible” que guía a las fuerzas del mercado prevaleció sobre la mano visible que guiaba el poder del Estado, las cosas han comenzado a cambiar y el país singular, el país de un solo hombre, se ha vuelto plural, ha ido deviniendo paulatinamente el país de los “poderes fácticos”. Pero esto supone un cambio radical de época, de metas, de sensibilidad, de la concepción del espacio-tiempo y de la organización social... Ahora bien, económicamente—que es lo que en el neoliberalismo importa—: ¿cuáles han sido los resultados?

⁶ E.G.P., “El Estado Mexicano: globalización y modernidad” en *La globalización y las opciones nacionales. Memoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p.84.

Datos publicados muy recientemente sobre el crecimiento de la economía mexicana durante el periodo neoliberal son los que cito a continuación: durante el gobierno del licenciado Miguel de la Madrid, que buscó un crecimiento anual del 5.5 por ciento, sólo se alcanzó el 0.34 por ciento; en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, que prometió un crecimiento del 6 por ciento anual, el resultado fue de un 3.9 por ciento; Ernesto Zedillo ofreció un 5 por ciento y sólo consiguió el 3.5 por ciento. Vicente Fox prometió un crecimiento del 7 por ciento y sólo alcanzó un 2.2 por ciento y Calderón ofreció un 5 por ciento anual y sólo llegó al 1.8 por ciento. En cuanto a Enrique Peña Nieto, se comprometió a obtener un 5 por ciento y en su primer bienio sólo alcanzó 1.75 por ciento.⁷ De manera que, en términos económicos, el neoliberalismo no ha conseguido lo que prometió.

Viene a mi memoria una frase significativa que ayuda a entender, desde otro ángulo, el sentido de los nuevos tiempos que vivimos.

Haiga sido como haiga sido es una expresión del licenciado Calderón Hinojosa en una entrevista, en la que buscaba explicar que de lo que se trataba era de llegar a la meta “a como diera lugar”. Y, en apariencia, así es. Pero sólo aparentemente porque, en realidad, no se trata sólo de llegar a la meta y de “ganar”.

Lo que quiero decir es que para ejercer legítimamente el poder, para tener autoridad, hay que tener, primero, *autoridad moral* como la tuvo siempre Benito Juárez. Sólo cuando la sociedad cree que el triunfo obtenido ha sido legítimo, *cuando se gana realmente*, es cuando puede ejercerse el poder a plenitud—hasta donde eso es posible ahora— y, desde luego, cuando en ese ejercicio las acciones desplegadas tienen una razón de ser, cuando son convincentes. Sólo así el pueblo te otorga el mando (te “mandara”, como se suele decir ahora, no sé si correctamente), para que lo representes y ejerzas el mando en su nombre. Sólo así se es *mandatario*. De otro modo, no se es mandatario sino mandadero de los intereses que han influido para llevarte adonde estás, así se ocupen los lugares que tradicionalmente han sido los espacios donde se ha ubicado el poder. Porque, como se sabe, aunque el poder tiene algo de fetichismo, no reside tanto en el lugar tradicional desde donde se gobierna, sino en la persona que ejerce el poder, que tiene que *ser y parecer*, como decía Maquiavelo.

Los nuevos tiempos han ido creando un nuevo vocabulario, cuando no un nuevo lenguaje, que es interesante registrar, puesto que se trata de una especie de *New Speak*, como el que empleaba el Big Brother, aquel per-

⁷ Carlos Fernández Vega, “México, S.A.”, *La Jornada*, 10 de abril de 2015.

sonaje que creó George Orwell en su novela *1984*. Menciono sólo algunos ejemplos: “políticas públicas” y “políticas de Estado”, así como los significativos términos: desregulación, descentralización, descertificación, desconcentración, desestatización y demás “des”.

Ahora se habla de *políticas públicas*, como si la política, desde sus remotos orígenes en Atenas, no hubiera surgido en las discusiones y debates ocurridos en la plaza pública, cuando se creó la *polis*. Así como el orden de la casa lo dictaba la economía (*oikós*, casa; *nómos*, ley), la política era el orden que surgía en la plaza pública, donde se reunían los ciudadanos para debatir los problemas de la *polis*, de manera que la política siempre ha sido lo público por antonomasia.

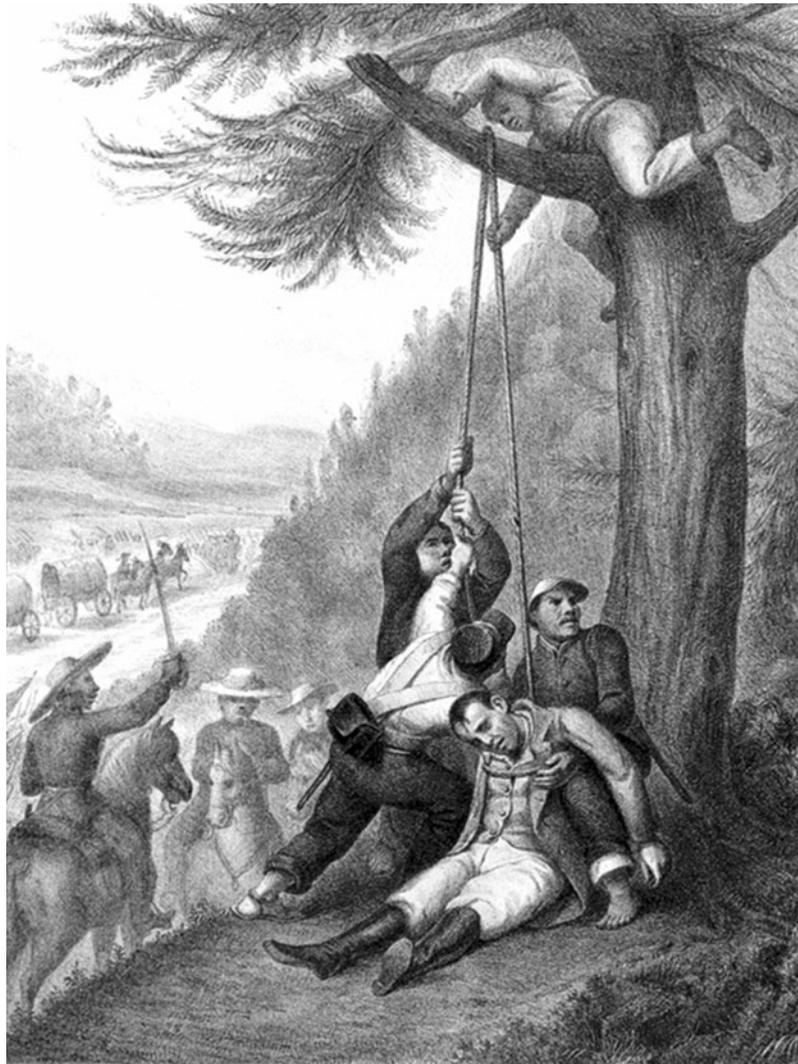
En cuanto a las “políticas de Estado”, hay que recordar que la *polis* es la ciudad-Estado, de modo que hablar de *políticas de Estado* es “llover sobre mojado”, es emplear, también, una expresión pleonástica. En lo relativo a aquellas palabras con el prefijo *des-* implican, a fin de cuentas, que el mercado ha ido influyendo en la reconfiguración del Estado.

En la columna “México, S. A.”, de Carlos Fernández Vega, en *La Jornada* del 21 de julio de 2015, se comenta en uno de sus párrafos: “la terminología neoliberal a todo le encuentra el lado ‘bueno’ de las cosas. Por ejemplo, en México nunca se privatizó la infraestructura productiva del Estado; simplemente se ‘modernizó’. La banca nunca se ‘rescató’ ni extranjerizó, sólo se ‘afianzó’ y ‘globalizó’. El poder adquisitivo de los salarios nunca se desplomó, apenas si se ‘adecuó’, y así por el estilo” (p. 22).

Pero hay algo superlativo que se ha colado a la fiesta sin invitación: la expresión cada día más usada de “capital humano”, que refleja la enajenación en la que vivimos en la actualidad. En vez de reconocer al hombre que con su trabajo crea la riqueza moral y material a la que aspiramos, para vivir una existencia plena, el hombre se ha convertido en capital, es decir, en parte de su creatura, se ha subsumido en su creación, se ha vuelto ajeno a sí mismo: se ha enajenado.

Y ese “capital humano” es lo que nuestro país no ha sabido desarrollar, cuando es la riqueza que tiene más cerca. Es cierto: tenemos mares, tierras fértiles, minerales, petróleo. Pero esa riqueza constituida por ciento veinte millones de personas —que si estuvieran educadas, capacitadas, sería extraordinaria (como lo muestran los “mil usos” que funcionan en todo)— se ha vuelto una rémora, un obstáculo.

Mientras no tengamos una cultura que esté recreándose a sí misma por su vitalidad y su riqueza; una educación (elemental, media y superior) que cree confianza en los mexicanos de aquí y de ahora y en los de mañana; una ciencia comunicada con los demás centros científicos del mundo y volcada a la solución de los

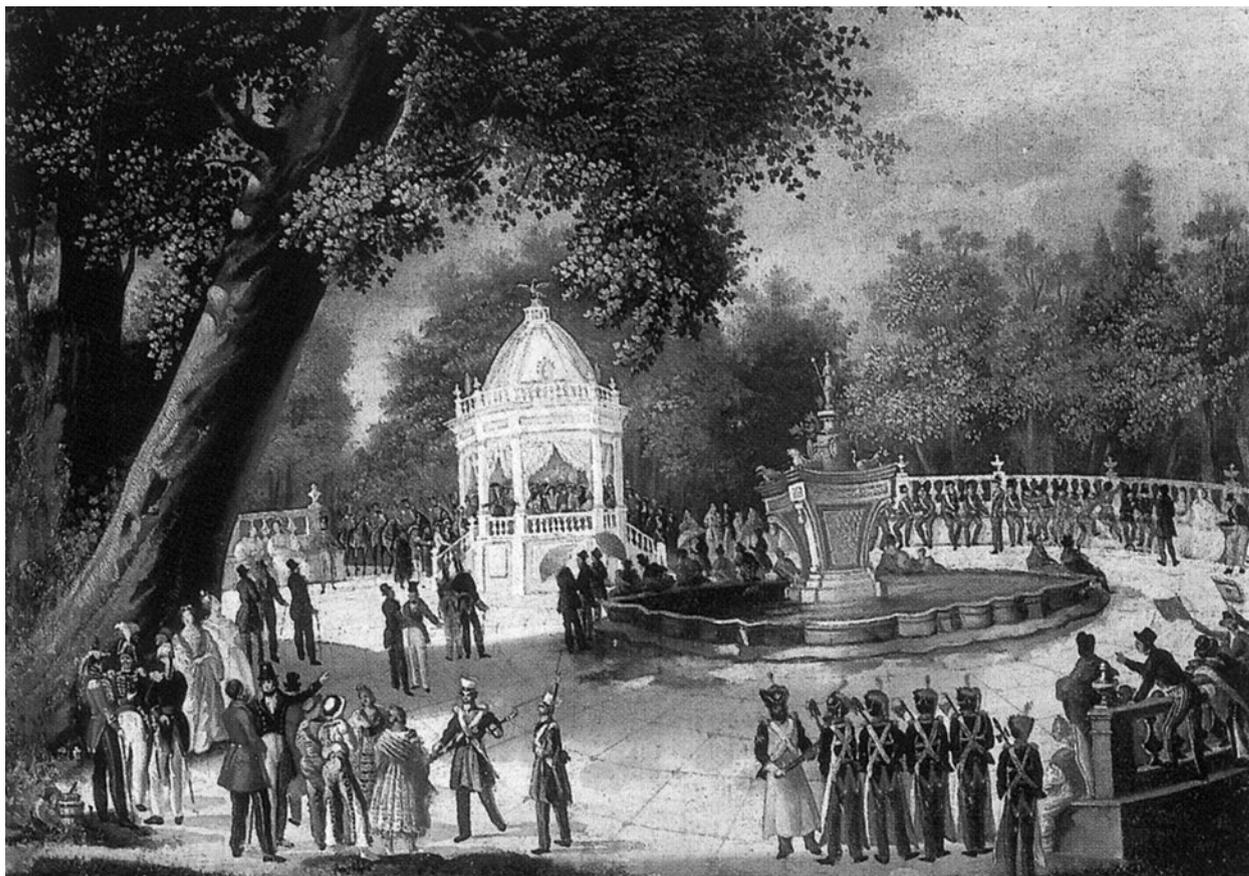


P. Miranda, S. Hernández, *Leandro Valle*, siglo XIX

problemas del presente, ayudándonos a resolverlos y adelantándonos a ellos y a los nuevos, no servirá de mucho sostener algo absolutamente positivo, que nuestro Estado debe ser social y plural, democrático y de derecho, porque lo que llena de sentido (y de contenido) a las formas políticas es siempre la realidad humana, viva, que impulsa a la cultura, la educación, la ciencia y el progreso tecnológico que forjan los hombres de carne y hueso, de aquí y de hoy, de mañana y de siempre. Es la voluntad de *ser* para *prevalecer*. *ser* más que *tener*, porque el que *es* tiene. En cambio, el que tiene no siempre es.

Regresando al “país de un solo hombre”, a menudo me he preguntado por qué México lo ha sido. La respuesta no hay que buscarla en ningún complicado laberinto. Creo que el problema reside en que nos ha faltado algo esencial: el *ciudadano*. Un *país sin ciudadanos* es un *país de un solo hombre*. No basta con que la Carta Magna señale los requisitos formales para serlo. Los ciudadanos no nacen; se *hacen*, se forman, y sólo hay un camino para crearlos: *la educación*.

No es por falta de conciencia de lo que es la educación que hemos fallado, pues además hemos tenido a grandes educadores al frente de la educación nacional.



Anónimo, *Discurso cívico conmemorativo en la Alameda*, siglo XIX

El derecho a la educación está garantizado en nuestra Carta Magna, en el capítulo I dedicado a las garantías individuales y, concretamente, en el artículo tercero, uno de los mandatos más lúcidos de nuestra Constitución. El segundo párrafo del artículo expresa que “la educación que imparta el Estado tenderá a desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano y fomentará en él, a la vez, el amor a la patria y la conciencia de la solidaridad internacional, en la independencia y en la justicia”. Las fracciones siguientes del precepto añaden que la educación pública será laica, basada en el progreso de la ciencia, nacional, democrática, solidaria, gratuita y obligatoria. Se trata, por tanto, de todo un programa que lo mismo incluye al individuo que a la sociedad e, igualmente, a la nación y a la comunidad internacional.

El derecho a la educación está pues, reconocido, pero las condiciones que hacen posible su cumplimiento sólo han existido eventualmente. No me refiero tanto a los recursos materiales, sino a la carencia de una política educativa sostenida, continua, lo cual ha sido lamentable porque, como hemos visto, la principal riqueza de México está en su población, en su gente. Y esa riqueza, por la falta de educación, se ha perdido lamentablemente y, con ella, se ha ido perdiendo México paulatinamente.

Educar es, esencialmente, *enseñar a pensar*, pues quien sabe pensar sabe enfrentar los problemas y buscar las soluciones que ayudan a resolverlos. Quien no piensa: copia, imita.

Como dice don José Ortega y Gasset:

El hombre que trabaja en cualquier cosa soborna su conciencia vital, la cual le susurra que no es cualquier cosa lo que debería hacer, sino algo muy determinado. Y ¿qué es ese algo muy determinado? Ser uno mismo. Ser uno mismo “nos representa la caricia más secreta y profunda, es como si acariciaran nuestra raíz... Como Nijinsky en *Scherzade*, sin preocupación alguna, apenas abierta la puerta de la prisión, damos el enorme brinco hacia la delicia de ser sí mismo. Vamos a palpar, temblando de placer, las morbideces del yo”. *En interior homini habitat veritas*, había dicho San Agustín.⁸

En suma, la falta de una política educativa, sistemática, permanente, se tradujo en la inexistencia de ciudadanos, pero estas carencias produjeron, en buena medida, los males que aquejan al país: corrupción, deshonestidad, inestabilidad, caudillismo, caciquismo, injusticia, desorden, desinterés en la cosa pública. En síntesis: hay que formar ciudadanos. Porque país sin ciudadanos es país de un solo hombre.

Me viene a la memoria una frase con la que empieza *El hombre rebelde* de Albert Camus: “¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice no”. ¿Verdad que algo tiene que ver el ciudadano con saber decir *no*? **U**

⁸ José Ortega y Gasset, “Goethe el libertador” en *Goethe desde Dentro. Obras Completas*, tomo IV (1929-1933), *Revista de Occidente*, Madrid, 1966, pp. 422 y 425.